

naturaleza les ha impuesto por ley; pero que sólo la Religión sabe realmente cumplir, trabázanse en hacerse felices los unos á los otros; donde los poderosos y los ricos, cooperadores de la Providencia para el bien de los hombres, consagran su poder y riquezas á prevenir las necesidades, á remediar el infortunio, y á hacer cesar la indigencia y la miseria; donde los que no pudieran ejercer este género de beneficencia se indemnizarán con la bondad, primera deuda de la humanidad; tan dulce, tan satisfactoria para cumplirse; donde la ambición, la codicia y la envidia, desterradas de los corazones, no dejarían entrar en ellos ni la discordia, ni la guerra, ni los odios, ni las enemistades; en donde no se conociera otra emulación que la del bien y la de la virtud; ni más disputa que la de ceder mutuamente; en donde, en fin, una paz inalterable sería el fruto de esta unión y de esta perfecta armonía!

Pero esta moral, tan sublime en sus principios, tan sabia en sus leyes, y tan feliz en sus resultados, impone también deberes indispensables. Su primer precepto es que no se adore, ni ame sino á Dios como á último fin. Todos los demás afectos que ella permite, han de derivarse de este amor supremo y referir á él todas las inclinaciones y todos los deseos. Ella condena todos los vicios y prescribe todas las virtudes. Prohíbe todos los placeres de los sentidos solicitados por ellos mismos; prohíbe el amor y goce de los bienes de la tierra y no tolera más que su uso; no transige jamás con las pasiones: inexorable con los crimenes que no han sido expiados, amenaza á los prevaricadores con los mas terribles castigos; pero al mismo tiempo, indulgente con las debilidades involuntarias, consecuencia de la fragilidad humana, y que la caridad remedia, asegura á los observadores de sus preceptos bienes eternos en su duración é inefables en su naturaleza. Ciertó es que únicamente la perseverancia puede obtener esta recompensa, así como solo la impenitencia final puede atraer sobre los pecadores obstinados la inevitable sentencia que les espera, y que hasta el último momento tienen un poderoso recurso en la clemencia de Dios; favor tan precioso, y nos atreveremos á decir casi tan necesario, tratándose de castigos eternos, y por el cual, sin embargo, nuestros equitati-

ros filósofos también critican á Dios, como si esta clemencia alentase á cometer los crímenes. Esta moral deja para otra vida la retribución de los sacrificios que impone. Esta vida no es más que un periodo de pruebas, de penas y de combates; y los vencedores no reciben la corona hasta el fin, esto es, hasta después de la muerte, que es la que pone el sello á su fidelidad. Pero también en qué torrentes de felicidad no se embriagarán en el cielo por algunos rápidos días pasados en este valle de lágrimas! Qué inefables delicias les esperan! Cómo podría el entendimiento humano describirlas, cuando ni comprenderlas puede!

Una moral tan pura, pero al mismo tiempo tan severa, no podía menos de indignar á unos hombres enamorados de sí mismos, que nada querían rehusar á sus sentidos de cuanto los tesoros de la naturaleza y los recursos del arte les pueden proporcionar; que querían ser enteramente dueños de sus afectos é inclinaciones y poderlas llevar alternativamente á cuantos objetos juzgaban á propósito para satisfacerlas; que consideraban toda privación voluntaria de los bienes, ofrecidos á su goce, como una locura ó una estupidez, y que solo anhelaban pasar su vida en el seno de los deleites y compensar la brevedad de su existencia con la variedad y duración de sus placeres. Aun aquellos filósofos mismos que menos dominados por los sentidos, y buscando su felicidad en el estudio y en los goces del alma, parecía debían temer menos una moral que, siendo enemiga de las pasiones, permite un uso moderado de los placeres del ánimo, la encontraban demasiado incómoda; pues ella no solo prescribe la adoración y amor debidos al Ser Supremo y que son el alma y el espíritu de la Religión, sino que además ordena un culto exterior necesario al hombre, demasiado débil para sostener una contemplación continua de la verdad, y que hallándose por otra parte compuesto de alma y de cuerpo, debe á su Dios el homenaje del uno y del otro; culto establecido por los primeros fundadores de la Religión, que la recibieron de su divino Maestro; culto, en fin, tan necesario y tan indispensable como el culto interno de adoración y de amor que los filósofos se dignan admitir, porque no tienen mas testigos que á sí

mismos, en vez de que el culto exterior exige deberes y sujeción á ejercicios penosos que los filósofos consideran como indignos de ellos y únicamente hechos para el vulgo. Hemos dicho que nuestros titulados filósofos se dignan admitir un culto interno, cuya naturaleza y estension arreglaba cada cual á su placer. Habían conocido que una abjuración formal de toda religion y moral espantaría los ánimos y les escitaría contra ellos una sublevación casi general. Así es, que escéptuando algunos insensatos que en el acceso de su delirante impiedad llegaban á negar la existencia de Dios, la mayoría de la secta hacían profesión pública de lo que ellos llamaban religion natural, la cual según ellos, consistía en la adoración interna del autor de la naturaleza sin ninguna especie de culto exterior, y toda su moral se reducía poco mas ó menos á esta máxima, cuyas obligaciones no tenían por cierto mucha latitud: «A nadie hagas lo que no quieras que te hagan á tí mismo.» Pero ¿qué lejos estaban de cumplir con los escasos deberes que esta religion les imponía! Puede juzgarse de la naturaleza de esta adoración que ellos decían tributar á la divinidad, por la baja idea que se habian formado de ella, representándosela como indiferente á las acciones de los hombres, que no merecen ni su atención, ni sus cuidados: como si fuese indigno de Dios cuidar de unos seres que no se ha desdenguado de criar, que son la obra maestra de este mundo visible, á quienes ha dado capacidad de conocerle, de abrazarle con el pensamiento, de unirse á él por medio del amor, y á quienes ha rodeado de todos los tesoros de su poder y de todos los efectos de su bondad.

D'A Lambert es verdad que trató de resolver el difícil problema de establecer una moral independiente de la Religión; pero tambien se sabe que no pudo conseguirlo. El Instituto se lisonjeó de ser mas afortunado, y propuso un premio para el que presentara los mejores medios de establecer la moral de un pueblo; pero esta nueva tentativa fracasó tambien. El Instituto no pudo dar el premio, porque no habiéndose atrevido los aspirantes á enlazar la moral con la religion, no pudieron ofrecer mas que una doctrina inconsistente y sin apoyo: y hubiera sido preciso que mientras

no se hiciesen mas felices descubrimientos se pasase el pueblo sin moral, si á despecho del Instituto y de los sueños de la filosofia no hubiera existido una moral antigua y bien cimentada, que traía su origen y su confirmación de una fuente celestial, y que ejercía su acción saludable aun sobre los mismos que cerraban los ojos por no verla.

Mas cualquiera que fuese la moral de los filósofos, reiterados hechos comprueban cuán distante estaba su conducta de conformarse con la máxima que les servía de base. Sabido es que no era por cierto el desinterés la virtud dominante de su gefe, y nadie ignora los medios poco delicados, y decorosos, con que Voltaire aumentó considerablemente su fortuna. Difícil sería creer hasta qué extremo llegaba su envidia á toda clase de reputaciones si sus escritos no lo acreditaran. Todos los autores que habian adquirido alguna celebracion le causaban celos, y solo rindiéndole homenaje de sus talentos, solo quemando algunos granos de incienso ante este ídolo, era como podían redimirse de la persecucion que tenia jurada á la gloria de cualquiera otro. Esta envidia le hacia irritable hasta el exceso, y la menor censura, la mas ligera crítica inflamaba de tal modo su bilis, que en sus contestaciones se olvidaba de todo decoro y de toda dignidad. La historia de sus desavenencias con Mappertuis y La Baumelle, que forma un volumen completo, es una obra de fastidiosa lectura, y que mas bien recuerda el banquillo de las verduleras que el sillón de la Academia.

Mas sobre todo por su intolerancia religiosa; ¿quién lo creería! es por lo que estos hombres tan moderados en su lenguaje demostraron la mayor contradicción entre su conducta y sus principios. Todos sus escritos están llenos de las mas bellas máximas sobre la libertad de pensar y escribir, y sobre la tolerancia de todas las opiniones y de todos los cultos. Mas si el gobierno, no pudiendo ya sufrir el abuso que hacian de su silencio, se determinaba por último á descargar sobre estas obras atrevidas su justa aunque tardía proseripcion, todo se volvía amargas quejas de parte de los filósofos contra los depositarios de la ley, y contra los ministros de la autoridad. Era atentar contra la propiedad mas sa-

grada del hombre, la del pensamiento; era ejercer sobre los espíritus la mas odiosa de las tiranías el no dejar una absoluta libertad de envenenar las fuentes públicas y no dejar circular libremente la ponzoña mortal de su doctrina. La esperiencia nos ha dado á conocer lo que debia creerse de aquellos principios de tolerancia y de aquel espíritu de moderacion que afectaban en todas sus obras, pues desde que pudieron hacerlo impunemente, se presentaron como los mas intolerantes de todos los hombres.

No hay exceso á que no les impeliere aquel ciego encono que los animaba, aquel espíritu de venganza que abrigaban hacia ya tanto tiempo en sus corazones, y que se ejerció no solo contra aquellos de quienes tenian que quejarse, sino aun contra todos los que conservaban algun afecto á la Religion de sus padres. Aquellas primeras escenas escandalosas que deshonraron los templos franceses, aquellos insultos tan bárbaros como indecentes, hechos al pie de los mismos altares, á megeres cristianas, ellos son los que los provocaron: ya se ha dicho el nombre del que aconsejó tales atentados y armó las manos de aquellas furias, dignas ciertamente de ser instrumentos del furor de aquellos hombres tan impíos como perversos. La cruel persecucion suscitada en toda Francia contra la Religion y sus ministros; los atentados sacrilegos cometidos en los templos; la profanacion de las cosas santas, tan afflictiva para las almas piadosas, y que indignó á todo el que conservase en su corazón un atomo de fé; las blasfemias horribles con que han resonado las cátedras de la verdad; los torrentes de sangre que inundaron todo el imperio; los millares de cadáveres arrojados al rio por mano de los verdugos; todas aquellas ejecuciones atroces, aquel lujo de crueldad en los suplicios, aquellos atentados nunca oídos en la historia de los pueblos, todo eso ¿no era por ventura obra suya? ¿No fueron autores inmediatos de estos crímenes por sus consejos, ó sus causas lejanas por la influencia de sus escritos? ¿Y estos son los hombres que criticaban de fanatismo á la Religion; que la acusaban de quitar á la razon su libertad, y de hacer violencia al espíritu en sus opiniones religiosas! ¿Qué secta hubo

en ningun tiempo mas fanática que la que puso las armas en manos de unos malvados, y levantó hogueras y cadalsos, no para obligar á los hombres á dar á Dios el culto que le place prescribirlés, sino para forzarles por medio del terror á renunciar á todo culto y á abjurar de toda religion? Platon dijo que los pueblos serán felices cuando los reyes sean filósofos ó cuando los filósofos sean reyes. Mas no es en verdad aplicable esta máxima de Platon á nuestros supuestos filósofos, que habiendo en estos últimos tiempos llegado á ser casi reyes por la influencia que ejercian en los gobernantes, han demostrado que seria el colmo de la desgracia de los pueblos el llegar á tenerlos por soberanos. Ya hemos visto el uso que hicieron de su poder: faltaba que nos hicieran ver su esperiencia y capacidad en materia de legislacion y gobierno; pues en este artículo pretendian sobrepujar á cuantos sábios legisladores y grandes políticos ha producido la antigüedad. Aseguraban que sus principios eran los mas á propósito para hacer dichosos á los pueblos y dar un sólido cimiento á la tranquilidad pública. Jamás se les presentó mejor ocasion de justificar tan orgullosas pretensiones. Los hombres que dominaron en las asambleas legislativas francesas, eran casi todos discípulos ó partidarios suyos. Citábanlos como oráculos, tomaronlos por brújula en el peligroso rumbo que se habian propuesto seguir; con arreglo á sus máximas redactaron las leyes, y sobre las ruinas de todos los principios religiosos levantaron el edificio de su legislacion. No es aqui lugar de discutir las diversas constituciones que hemos visto sucederse con tanta rapidez, y que, como obra de la precipitacion ó de la violencia, han caído en olvido casi al nacer, no pudiendo por lo efímero de su existencia lisonjear el orgullo de los titulados sábios que las dirigieron. Parece que la Providencia no permitió que ejercieran tanto influjo sobre esas legislaciones proclamadas con tanto énfasis como instrumentos de felicidad pública, mas que para contencer á todo el universo, al que esos hombres orgullosos habian tenido engañado por tanto tiempo, de toda su nulidad ó incapacidad en la ciencia que creian poseer exclusivamente. Con arreglo á sus obras

puieron ser juzgados; y este juicio, que no puede estar sujeto al error, no les es favorable.

Ahora, si reflexionamos los esfuerzos que esa tan audaz secta no para de hacer, desde un siglo á esta parte, para sostener la conjuracion impia fraguada contra la Religion, no podremos menos de convenir en que el veneno de su doctrina ha infestado muchas almas y hecho perecer millares de víctimas, que los filósofos han hecho cómplices de su funesto extravio. Mas ¿qué es lo que á la Religion han quitado de sus misterios y de su moral? ¿Cuál es el dogma cuya creencia hayan destruido? ¿Cuál es el punto que hayan borrado del Evangelio? ¿De qué promesa de las hechas á la Iglesia han quebrantado la certeza? ¿Gracias eternas os sean dadas, Dios de toda verdad! La infalibilidad de vuestros oráculos se atestigua de dia en dia. Las puertas del infierno no han prevalecido ni prevalecerán nunca contra vuestra Iglesia. Vuestra Religion divina es aquel edificio inmortal edificado sobre fundamentos inalterables, que desprecia el furor de los vientos, la violencia de las tempestades, el desbordamiento de los rios y que se consolida mas con la fuerza de los embates.

No dejemos de hacer una reflexion muy consoladora para los desgraciados tiempos en que vivimos. Trasladándonos á aquellos dias de terror que cubrieron la Francia de un luto universal viendo á los ministros de la Religion entregados á la muerte ó dispersados, los templos profanados, los altares destruidos, todos los espíritus llenos de estupor, y el culto exterior proscripto y abandonado, ¿quién no hubiera creído que la Religion se habia perdido y que la apostasia se habia hecho general? Mas asi como en tiempo de la impia Jezabel, cuando Elias se quejaba á Dios de haber quedado solo en su santo servicio, el Señor le hizo conocer que se habia reservado siete mil hombres que no habian doblado la rodilla ante Baal; del mismo modo los primeros decretos dados en favor de la libertad de cultos, manifestaron que la Religion, aunque proscripta en lo exterior, vivia siempre en el fondo de los corazones y conservaba todos sus derechos sobre la mayoría de la nacion. Las memorias de aquella época están llenas de descripciones las mas interesantes del celo y

de la solicitud de los fieles en correr á los templos á manifestar la mas fervorosa piedad, y á semejanza de aquellos animales que, segun la expresion de un Padre de la Iglesia, San Cesáreo, golpean las entrañas maternas para extraer de ellas la leche que debe servirles de alimento, pidieron con una santa avidez que se les partiera el pan de la palabra de Dios y se alimentaran sus almas con aquel maná celestial de que habian sufrido tan larga y penosa hambre.

Siempre se ha distinguido el pueblo francés por su celo religioso y por la práctica de su culto. Los mismos incrédulos lo han confesado con frecuencia, no pudiendo disimular su despecho al ver el poco fruto que sus doctrinas conseguian sobre la multitud. D'Alembert decia, que el último jubileo y la Instruccion Pastoral del arzobispo de Lyon acerca de la Religion, habian hecho retroceder veinte y cinco años el progreso del espíritu humano. Mas fácil es corromper el corazón que pervertir el ánimo, y la Religion conserva siempre sobre las almas rectas y sencillas un ascendiente que todos los sofismas de la impiedad no pueden destruir.

Pero vosotros mismos, enemigos tan ardientes de esta Religion santa, ¿sotros que despreciáis igualmente las promesas que las amenazas, mientras considerais aun distante el término de vuestra vida, ¿por qué cuando una enfermedad mortal os hace ver cercana la hora postrera, desmentís aquella temeridad que os hacia provocar los rayos de la justicia divina? ¿Por qué en aquellos instantes que siempre habiais considerado como un sueño que insensiblemente os habia de volver á la nada, por qué, repetimos, sufrís entonces esos acerbos remordimientos que os entregan á la desesperacion, ó esos vivos temores que os hacen buscar en el seno de la Religion el dulce consuelo jamás negado á quien le implora de corazón? ¿Qué ejemplo terrible no dió en sus últimos momentos vuestro mismo jefe, del suplicio que causa al impío el espantoso despertador que lleva consigo la aproximacion de la muerte? Oigamos al médico que le asistió, cuyo testimonio no puede ser sospechoso: «Quisiera que todos los jóvenes, cuya alma y corazón han sido pervertidos por los escritos de Voltaire, hubieran

asistido á su hora final , y hubieran presenciado sus remordimientos, su desesperacion, su furor y la desolacion de su alma al recordar su impiedad y sus maldades. Eran sus dolores una especie de tortura que arrancaba á aquel insigne criminal la confesion de sus atenta los. « Dios, á quien yo he abandonado , esclamaba con acento de réprobo, me abandona á su vez y ¡ ah ! no me deja mas que una horrenda desesperacion. »

Aquellos que menos temerarios contra el cielo, ó menos abismados que él en la impiedad, no habian llegado á sofocar durante su vida todo sentimiento de Religion , daban entonces señales de arrepentimiento, y procuraban tranquilizar su conciencia, cumpliendo con los deberes de la Religion. Maupertuis en su última enfermedad, hallándose en Basilea en casa del célebre Bernouille, llamó junto á su lecho á dos sacerdotes, y les suplicó que no le abandonaran hasta haberle cerrado los ojos, y haberle dado en aquel último trance todos los consuelos que podia ofrecerle su ministerio. Diderot, cuya vida terminó con una enfermedad bastante larga, tuvo con el párroco de San Sulpicio, en cuya feligresía habitaba, varias conversaciones que produjeron en él una impresion tan viva, que le predispusieron á reparar con un sincero arrepentimiento todos los extravíos de una vida entera pasada en la incredulidad. Habiéndolo sabido D' Alembert, consiguió hacer mudar de casa á Diderot, para arrebatarle á la caridad de su párroco, que tenia motivo para esperar de su celo los mas felices resultados. D' Alembert, que entonces estaba bueno, cambió de posicion al conocer que la muerte iba á descargar sobre él el último golpe: sufrió inquietudes, remordimientos, desolaciones de conciencia, hasta el punto de no poderlo ocultar y de hacer temer á los incrédulos, cuyo corifeo era entonces, que iba á desmentir de un modo ruidoso los principios irreligiosos que siempre habia profesado públicamente.

Si estos campeones de la incredulidad sostienen tan mal en su hora postrera esa

pretendida fuerza de espíritu de que tanto se jactan, ¿ qué deberá suceder con la oscura turba de sus prosélitos, que no están interesados como ellos en sostener hasta el estremo el tono de intrepidez y seguridad que tanto afectaban durante su vida? ¿ Qué espantosa claridad iluminará su alma, cuando disipada la ilusion, amortiguadas las pasiones, y desentrañado el amor propio, resuene en su corazon el terrible grito de la conciencia alarmada, y despierte el sentimiento de las verdades religiosas que en su juventud aprendieron, y cuyo recuerdo se ha conservado en su alma por la misma costumbre de combatirlo! Ya no les queda la esperanza de caer en el eterno reposo de la nada, con cuya idea les halagaron para adormecerlos en el vicio. El presentimiento de la inmortalidad revive en su pecho con toda enerjia: el tiempo se les escapa para siempre; entran en la eternidad. ¿ Y qué les ofrece la eternidad? La desesperacion.

¡ Desgraciadas victimas del error! ¡ hé aqui los recursos que os ha dejado esa pretendida filosofia que os arrulló con tan gratas promesas! ¡ Hé aqui los consuelos que os ofrece en esos tremendos instantes, en que la gloria del mundo, los placeres, y las lisonjas en que bebía á grandes tragos el olvido funesto del porvenir, el cual toca ahora, y del cual en vano quisiera apartar el pensamiento!

¡ Ah! ojalá que todos aquellos á quienes una perversa filosofia ha precipitado en el error, no esperen la llegada de tan terrible momento para arrepentirse y pensar en ese terrible porvenir cuando ya sea tardío su arrepentimiento é infructuosos sus remordimientos! ¡ Ojalá acudan presurosos á beber en el seno de la Religion, en la fé de sus dogmas, y en la práctica de sus preceptos, esa esperanza consoladora que experimenta un alma fiel, que al llegar al término de su vida no ve en la muerte mas que un sueño tranquilo que la hace dormir en la dulce confianza de una eterna felicidad!

B. del C. , tomo XXII. — Historia Eclesiástica. — Tomo VII. 87

ACTAS

EN FAVOR DE LOS JESUITAS.

N. I.

Dictámen de los prelados á quienes se consultó sobre el asunto de los jesuitas.

30 de diciembre de 1761.

PUNTO PRIMERO.

SEÑOR:
V. M., penetrado de los sentimientos de fé y Religion que han distinguido siempre á los monarcas franceses entre todos los soberanos del mundo, y siguiendo las huellas de sus augustos predecesores, no ha querido decidir un asunto en el que habia que examinar algunos puntos concernientes á la doctrina y disciplina eclesiástica, sin oír previamente el dictámen de un gran número de obispos de vuestro reino.

El tiempo que V. M. nos ha dado para examinar estos diferentes puntos, ha sido bastante corto; mas nosotros hemos tratado de suplir su brevedad con la asidua perseverancia de nuestro trabajo, mirando como uno de nuestros principales deberes el concurrir á las miras que V. M. se propone en bien de la Religion y mantenimiento del buen orden y tranquilidad de su reino.

Por lo tanto, señor, despues de haber examinado con la madurez que el asunto requiere, los diferentes puntos que V. M. nos ha hecho el honor de consultar, hemos creído deberle manifestar nuestra opinion en la forma siguiente:

Utilidad que los jesuitas pueden prestar á la Francia, y ventajas ó inconvenientes que pueden resultar de las diversas funciones que les están encomendadas.

Siendo el objeto del instituto de los jesuitas la educacion de la juventud, el trabajo del ministerio de la confesion, la predicacion, la enseñanza religiosa, el ejercicio gratuito de toda clase de obras de caridad para con el prógimo, la propagacion de fé y conversion de los infieles, es evidente que ese instituto se halla consagrado al bien de la Religion y á la utilidad de los Estados.

Esto es lo que movió al Papa Pablo III á aprobarle por medio de la bula *Regimini* en 1540 (1). Y habiendo una larga experiencia hecho conocer á los Papas sus sucesores, las grandes ventajas que resultaban á la Religion por medio de este instituto, le dieron las mas distinguidas pruebas de su benevolencia y proteccion.

Los PP. del concilio de Trento le deno-

(1) T. 1 de las CONSTITUCIONES, p. 6 y 7.
(2) Conc. Trid. Sess. 25. c. 1.
(3) Conc. Trid. Sess. 25. c. 2.